

Viviana Kahn

Agenda para Solteras



PLAZA  JANÉS

Índice

Cubierta

PRÓLOGO

SEXO

La abstinencia y su consuelo

La culpa la tuvo Bartolito

Hablemos de sublimar

BELLEZA Y SALUD

La suerte de una soltera "fea"

Los milagros del Feng Shui

Me está por venir

OCIO

¿Cómo levantar en la pileta?

Con amigas los domingos

¿Qué hacer en un feriado lluvioso?

Vacaciones single

Solteros en el supermercado

El gimnasio y sus "aparatos"

CALENDARIO

El casamiento de los otros

El Día de brujas, ¿de qué me disfrazo?

Maldito San Valentín

El cumpleaños de papá

¿HIJOS?

Los hijos de tus amigas

¿Me insemino o me compro un hámster?

Plantá un árbol, tené un hijo, escribí un libro

Créditos

Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

*Dedico este libro
a mis amigas
las solteras, las casadas
las viudas y divorciadas
y también a mi libertad*

PRÓLOGO

No sé si estarás de acuerdo o no, pero a mí el “soltera”, habiendo superado los treinta, me suena a mala palabra. ¿No te pasa que a la hora de completar un formulario, cuando te encontrás con el casillero “estado civil”, sobre todo después de haber llenado el ítem “fecha de nacimiento”, te sentís como si te empujaran a un abismo? ¿Que en cualquier momento te desbarrancás al “solterona”? Como que, ante los ojos de los prójimos casados, sos una especie de criatura contrahecha. Piensan que algún problemita debés de tener. Gataflorismo compulsivo, alguna malformación mental irreparable, fallas genéticas a la hora de elegir.

Además, la vida misma, esa de todos los días, ¿no se te torna complicada? Los domingos son un claro ejemplo. Fastidiosa jornada con su clásica comida familiar. Los raviolos de la nona. Eventos en los que no nos queda otra que pasearnos con nuestro dedo anular izquierdo al desnudo. Donde todos parecen mirarte como si tuvieras una amputación al descubierto. Y así hay que soportar, de parte de tías, madrinas y afines, la fastidiosa pregunta, con comentarios anexos, sobre “¿para cuándo un novio?, ya estás grande, se te va el tren”. También tenés que bancarte a hermanas y primas debatiendo sobre la caca de los bebés, su forma y frecuencia, mientras sostienen a sus trofeos masculinos como si se los fueras a robar. Además de tener que ser testigo de esas peleítas entre marido y mujer que ningún matrimonio se priva de exhibir, mientras una, desenhebrada como está, muere por tener un tipo al lado, aunque más no sea para pelearse.

Pero eso no es todo. También están esas inquietantes celebraciones en las que no sabés cómo comportarte. Te sentís rara. Como de

otro planeta. Pongamos el caso del dichoso “día de los enamorados” o los casamientos, o, por qué no, el día de la madre. ¿Qué se supone que debe hacer una soltera en esas fechas? Ponerse feliz es casi una utopía. ¿De qué te vas a poner feliz si no tenés enamorado, no sos madre ni te estás por casar?

¡Y no sólo eso! Hay, además, otro montón de ítems problemáticos, de los que mejor sólo mencionar los titulares, para qué amargarse con los detalles. Por ejemplo, ¿cómo te bancás la abstinencia? O cuando llegan las vacaciones, ¿no te persigue la pregunta de con quién te vas a ir? Y cuánto habría para decir sobre esa combinación tan imposible entre sexo y amor. ¿Por qué será que cuando hay buen catre no tenés nada de que hablar con él, ni compartir eso que tanto te gusta, en cambio a ese que te mima y te da todos los gustos no le tocarías ni el aura?

Con todo este lastre una va por la vida, intentando encontrar respuestas para ir sobrellevando el asunto y hasta para resolverlo. Entonces, una se embarca en todo tipo de tratamientos. Consultás desde médicos hasta tarotistas. Y, a veces, llegás incluso a caer en alguna de esas revistas que se dicen “femeninas”. Y resulta que vas recorriendo esas estúpidas hojas rosa chicle y rojo pasión ¡y nada! ¡Es más, parece que las solteras no existiéramos en sus excitantes mundos llenos de orgasmos y posturas del *Kamasutra*! Fijate que sólo nos dedican espacios infinitesimales que quedan totalmente eclipsados por títulos que no sabemos ni cómo leerlos: “¿Cuándo empezar a soñar con los hijos?”. “¿Cómo saber si él es el amor de tu vida?” “¿Cómo darle todos los gustos en la cama?” ¿Hijos? ¿Amor? ¿Cama? ¿Dónde se consigue todo eso?

Suplir la carencia de esas miserables publicaciones es el objetivo de este libro, una verdadera *agenda para solteras*. Sus secciones están hechas a *tu* medida. Y en cada una de ellas descubrirás los más interesantes testimonios anónimos de solteras en recuperación, sus preocupaciones más imperiosas, sus deseos más escondidos, sus actividades estratégicas para paliar las múltiples privaciones y para alcanzar los tan ansiados objetivos. ¡Leelo! ¡No te lo pierdas!

SEXO

LA ABSTINENCIA Y SU CONSUELO
LA CULPA LA TUVO *BARTOLITO*
HABLEMOS DE SUBLIMAR

La abstinencia y su consuelo

Amiga, ¿cómo te está yendo con el que te presentaron?, me preguntó Andrea en una de nuestras interminables charlas telefónicas. Mal me va, contesté con pésimo humor y expliqué: Salimos un montón de veces y todavía no intentó rozarme ni con la punta del meñique, y no es que el chabón me parta la cabeza, pero ya a esta altura ando caminando por las paredes. ¡Necesito que me pongan una mano encima! ¿Y qué es lo que le pasará al flaco que no avanza?, preguntó mi amiga. No tengo la menor idea... Mirá que sigue invitándome a salir, es re atento, caballero, pero al final me lleva a casa, se estaciona sin apagar el motor del auto, charlamos un ratito y antes de irse se despide con todo respeto. ¡Y yo quiero que alguien me falte el respeto un poco! ¡Ya no aguanto más!... Te digo más, si sigo así, dentro de poco voy a tener que comprarme un consolador. Yo ya lo tengo, susurró mi amiga y agregó: Si querés te acompaño a comprarte el tuyo. Mi carcajada sonó estruendosa y la empujó a justificar su atrevida compra con un "para mí fue la solución, porque a la hora de encontrarte con un tipo, estás hecha una seda y sin urgencias. Así que se te quitan las ganas de tirarte al primer mamerto que se te cruza".

Si bien los meses de abstinencia sumados a las dilaciones del candidato me empujaban a mirar con cariño la idea del vibrante tranquilizador, preferí primero darle otra oportunidad al "lento". Así que le hice una insinuante invitación a mi casa, premeditando con alevosía una comida con sobredosis de sustancias afrodisíacas. La mesa empachada de roquefort, nueces, almendras, apios y todos los elixires e ingredientes sugeridos por una excitante página de internet fue la testigo del impacto del tratamiento. A mí pareció haberme hecho efecto al instante porque apenas terminamos de comer me le abalancé con la avidez de una bulímica en ayunas. Él, en cambio, reaccionando con la sorpresa y abstención dignas de un monje de

clausura, parecía inmune a la terapéutica. Mi total desconcierto le dejó lugar a la furia de una mujer en llamas, que finalmente y a su pesar lo obligó a confesarse. Él admitió sufrir de algunos problemitas motivacionales que a mí de inmediato me motivaron para sacarme el clavo de encima y eyectarlo directo a un terapeuta.

Y como yo parecía no haberme contagiado de esa afección, decidí volver al ruedo nuevamente para conseguir algún otro jinete que me domara. Para ello reincidimos con Andrea en esas esperanzadas pero habitualmente fallidas salidas nocturnas. Era sábado a la noche y se suponía que formaríamos parte de una abarrotada peña a la que una tercera nos había invitado asegurando que en el lugar había altas probabilidades de levante. Cuando llegamos al recinto, la luz de tubo fluorescente iluminaba el vacío. Al planeta masculino de los sueltos parecía haberle caído la bomba de hidrógeno. Lo único que encontramos fue a la que nos había invitado junto a su grupo de Amazonas adobadas con vino barato seguramente destinado a ahogar el desastre que se pronosticaba esa noche. Y desperdigadas por ahí, alguna que otra pareja de esas que parecen refregarte en la cara lo felices que están juntos, brindando mil veces y besuqueándose como si se viniera el Apocalipsis. Pero de levante, nada.

Andrea, con su habitual impulsividad, entró en un prelude de crisis insistiendo en que vámonos de acá, que esto me deprime, que es un embole, que encima que odio las peñas, tipos no hay, que me voy. Por supuesto que terminé accediendo, no fuera a ser cosa que se descompensara mi compañera y me quedara solita y sin salida de sábado. Así que acto seguido aparecimos sentadas en un barsucho de Corrientes pidiendo una grasienta pizza con varios centímetros cúbicos de cerveza como acompañamiento. El lastimoso panorama, ayudado por una cierta intoxicación etílica, llevó a Andrea a retomar su onanista sugerencia y a proponer que ahí mismo fuéramos a efectuar la compra que yo tenía pendiente, que te acompaño, que está acá cerca, que seguro que hoy sábado a la noche está abierto, que va a ser divertido. Y risas que cada vez se hacían más altisonantes.

Fue así como apuntamos al local y sus tentaciones. Llegamos a una puerta de vidrio, rodeada de oscuridad y desde donde se divisaba una provocativa iluminación colorada que esperaba a los hambrientos clientes. Yo me resistí un poco, pero la vehemencia de mi amiga me internó de lleno en el antro. Una escalera en descenso acompañada con sensuales ritmos electrónicos y pachuli infectando la atmósfera nos condujo a un sótano cubierto de vitrinas llenas de polvo y empachadas de esos extravagantes chiches para adultos. Mi amiga, engolosinada, parecía una nena frente a un enorme kiosco. Yo quiero probar esa hilera de bolitas, declaró la babosa. Pero mirá que escuché que eso va por atrás ¿eh?, respondí un poco asqueada. Sí, justamente eso quiero... Imaginate que a esta altura de mi vida necesito probar cosas nuevas. ¿Y vos qué vas a querer?, preguntó con determinación. No sé... Es que me da una vergüenza todo esto..., acoté tan ruborizada como lo estaba aquel salón. Mi indecisión la empujó a acercarse al vendedor, un *danky* demasiado joven y que daba un poco de miedo, con un "mi amiga necesita un consolador".

Mientras yo me atragantaba con la risa histérica que me irrumpe en momentos críticos, el vendedor impertérrito entró a sacar una colección de juguetes de todos los colores y tamaños que me hicieron atragantar todavía más. La variedad de aquel arsenal era verdaderamente apabullante y, al tiempo que mi entusiasmo crecía, me preguntaba cómo darme cuenta de cuál sería la horma de mi zapato. Pero antes de que pudiera enunciar mi interrogante, el chico me examinó de pies a cabeza, inspeccionó la palma de mi mano, tal como lo haría una gitana clarividente, y apartó con decisión uno de los utensilios al grito de "éste es para vos". Cómo sabía él qué necesitaba yo, era todo un misterio que no estaba dispuesta a dilucidar. Más bien asentí tímidamente, presta a invertir en mi tentempié. "¿En efectivo o con tarjeta? Podés pagarlo en cuotas, ¡eh!" Saqué sin dudar el efectivo porque no pretendía andar publicitando a través del resumen de la tarjeta mis nuevas aficiones, y mucho menos recordar durante meses el desembolso al que me había visto obli-

gada a someterme. Así que pagamos y salimos del antro, Andrea con su hilera de bolitas y yo con mi nuevo compañero, renovando las esperanzas de esa felicidad que venía negándonosnos.

Reconozco que llegué a mi casa con la inquietud de una virgen en manos de su iniciador. En primer lugar lo dejé esperando en el living mientras me ponía cómoda. Luego me le acerqué tímidamente y le quité el envoltorio que tan bien lo vestía. Para mi grata sorpresa, a diferencia de mis anteriores partenaires, éste sí traía un ilustrativo manual de instrucciones. Dejé entonces a mi compañero ahí paradito frente a mí como un boy-scout en guardia. Lo admiré un largo rato como para entrar en confianza. Luego tomé decidida el manual y finalmente, practicando aquello que se me venía haciendo casi imposible con los de verdad, le expliqué que mejor conocernos primero, que no soy una cualquiera, ¡eh! Y creo que entendió.

La culpa la tuvo *Bartolito*

Una amiga, invitada por otra amiga, me llevó casi de prepo a una conferencia sobre sexualidad. A ver si aprendemos algo nuevo, *darling*. Además, quién te dice que no haya hombres. Lo que no le había aclarado la infeliz de su amiga era que hablarían sobre sexualidad pero de la mujer de la tercera edad. De eso nos percatamos cuando entramos al recinto y nos encontramos con un amontonamiento de veteranas rellenas de siliconas y a tal punto estiradas que hasta el cerebro debían de tenerlo sin circunvoluciones, damas prestas a acoger con beneplácito las enseñanzas del maestro sexólogo a cargo. Y si bien nosotras teníamos unos años más de *changüi* respecto de las que nos rodeaban, lo cierto era que habíamos pasado una cierta edad, andábamos sin hombre que nos acogiera y consecuentemente aburridas, así que acomodamos nuestros traseros aún sin lipoaspiración, pero no por ello sin celulitis, y nos preparamos para recibir la buena nueva. El disertante, un psicólogo cuarentón, esmirriado, con pelo engominado y un anacrónico traje sin corbata, empezó a describir con cierta displicencia, no sé si por ser hombre o por ser sádico, todo un inventario de los síntomas que nos esperan en nuestra futura vida sexual. Las otras, identificadas con lo que iban escuchando, interrumpían sistemáticamente con preguntas y comentarios que dejaban al desnudo sus aficiones y trastornos.

Además de preocuparme por todo lo catastrófico que nos tenía preparado el destino —que no sólo hay un hombre por cada cuatro mujeres, sino que además ese único hombre tiene más probabilidades de morirse antes que una y que te deja, entonces, sin una vida sexual activa; que encima con la menopausia se te empeora el humor, te crece pelo en la cara, transpirás como una beduina y los huesos pasan a ser de segunda—, además de preocuparme por todo esto, el cretino del disertante nos anunció que nuestros candorosos países bajos iban a terminar secos como pasas de uva. Y todo

por culpa de una tal glándula de Bartolito que tenemos ahí adentro y que es la responsable de regártela. Y parece que, si no hacés uso de la de ahí abajo, ese tal Bartolito se te atrofia y si se te atrofia, te quedás seca de por vida. ¡¿Cómo algo tan importante va a llamarse *Bartolito*!?, pensé. Mi caso era absolutamente preocupante, porque ya a mis treinta y tantos seguro debía de tener absolutamente desanimado al susodicho, puesto que hacía rato que nadie lo estimulaba con nada.

Unos meses después de esta situación traumática mi amiga, en un intento de resarcir el daño psíquico que la conferencia me había ocasionado, me invitó a pasar unos días en su departamento de Punta del Este: playa, cafecito en la Barra, atardecer en José Ignacio, la noche está buenísima. Así fue que me entregué a su generosa propuesta. El primer día con sol espléndido, me preparé con ahínco, pensando en cada detalle, sobre todo en cómo tapar las inclemencias de la gravedad para enfrentarme, en la playa, a lo que estaba segura de que iba a encontrar: enjambres de cogotudos con mujeres esculturales. Pero, al final, la fauna de este territorio no resultó ser tan selecta como yo había supuesto, y me encontré con un panorama que tranquilamente podría haber sido el de Las Toninas: miles de sombrillas, asentamientos de matrimonios con su prole, mujeres con gelatinas en su posterioridad, pero pechuga de siliconas regaladas por maridos de barrigas prominentes. Niños, muchos niños, gritando, llorando, haciéndose milanesa, revoleando lonitas con arena, corriendo dentro de mi propio espacio vital y contaminando con más arena "mi" lonita. Provocativas adolescentes, sin rastro de celulitis, también gritando pero más que nada riéndose. Se ve que todavía no tienen más de treinta ni saben de la existencia del *Bartolito*. Algunas pocas de nuestra franja etaria, con el consabido pareo en la cintura y con los mismos gestos de investigación de mercado que nosotras. Los únicos hombres solos eran adolescentes, musculosos y dorados, exhibiendo bíceps y granos. Pero, para nosotras, ningún material disponible. Estupenda jornada para broncearse. Y siendo que la playa no nos podía ofrecer otra cosa, se nos

hizo la noche y nosotras caímos achicharradas en la cama frente al televisor para terminar mirando el canal Gourmet.

La mañana siguiente nos despertó con un día nublado, así que ¿qué mejor que aprovecharlo para caminar por la playa? Qué linda la playa sin gente, caminar sin parar... El paseo duró cinco minutos de puro tormento: un suculento desayuno de arena y un viento huracanado de frente que parecía haber conspirado con nuestra habitual inercia. El plan B tenía dos opciones: o vamos al spa del hotel VIP más cercano o nos encerramos en el cine. Mejor vamos a ver una película y si mañana sigue feo, reventamos la tarjeta en el spa, propuso mi amiga. Así fue que me depositó en el hall del cine del shopping para que yo me ocupara de ver qué películas ofrecían, mientras ella se ocupaba de comprar golosinas. Dando vueltas por ahí andaba un muchacho alto, como a mí me gustan, tostadito, elegante sport, marca, mucha marca en su ropa, mucho billete, y encima buenmozo. Y yo, con un halo de ingenuidad, me le acerqué para preguntarle si sabía cuándo abrían la boletería y ahí mismo nos pusimos a conversar y a presentarnos. Así que español... Y vivís en Buenos Aires... ¡qué casualidad! ¡Qué bueno, yo también! Así que te dedicás a operaciones inmobiliarias... ¡Ah! Para extranjeros... ¡Pero sólo en Puerto Madero! ¡Qué interesante! Que estás acá en Punta vacacionando con tu papá... Ajá... y que tienen una casa aquí cerca... ¡qué interesante! Lo interesante era el buen partido que me había encontrado. Y sobre todo por no ser argentino ni porteño, como el último desconectado con el que me había ilusionado. No, éste era del primer mundo y ahí me parece que son de mejor calidad y encima vivía en Buenos Aires, así que lo iba a tener a mano. Podemos hacer algo hoy a la noche, ¿te parece?, propuso él. ¡Pero claro que sí!, respondí entusiasta y agregué: ¿Tenés algún amigo para que venga? Porque yo estoy con una amiga... Vemos, dijo. Vemos qué puedo encontrar... Al rato, cuando ya nos habíamos pasado los números del celular y el sujeto se había retirado, regresó mi amiga y yo, cual adolescente alzada, la recibí saltando y contándole agitada la buena nueva de que teníamos programa para la noche, y mi ami-